

Jesucristo ¿era seglar o sacerdote?

EDUARDO J. ORTIZ

Parecería inútil hacer esta pregunta después de veinte siglos, sobre un personaje del que se ha escrito tanto, ¿Es que puede haber duda?

Y, sin embargo la gran mayoría de los cristianos, y aun no pocos de los especialistas, tenderían a responderla en una forma que contradice a los hechos históricos. Las reflexiones cristianas post-pascuales (posteriores a la fe en la resurrección) sobre el sacerdocio de Cristo oscurecen la realidad.

Por supuesto que la cuestión aquí planteada no surge de una mera curiosidad. Según como se responda a la pregunta habrá que concluir de forma diferente sobre el significado del sacerdocio cristiano, y sobre su puesto en la constitución global de la Iglesia. Esta puede ser otra de las razones por la que muchos prefieren no tocarla.

JESUCRISTO FUE UN SEGLAR

En el mundo judío la vocación sacerdotal estaba estrictamente regulada. No todo el que quería ser sacerdote podía serlo, ni todo el que no quería podía evitar ejercerlo. Como es bien sabido, había que pertenecer a una familia concreta (Aarón) de una tribu concreta (Leví) para formar parte automáticamente del grupo sacerdotal.

Al menos eso es lo que nos cuenta la tradición bíblica dominante (Números 18.1-7), aunque hay elementos para sospechar que la realidad primitiva fue mucho más compleja, y que no faltaron rivalidades y maniobras que contestaron este tipo de acaparamiento y centralización.

De hecho "la época patriarcal no conoció sacerdocio. Los actos del culto, especialmente el acto central, que es el sacrificio, eran realizados por el cabeza de familia... El sacerdocio no aparece sino en un estadio más avanzado de organización social, cuando la comunidad especializa a algunos de sus miembros para la custodia de los santuarios y el cumplimiento de ritos que poco a poco se van complicando" (1).

Pero para el tiempo de Jesús la cuestión ya estaba zanjada. "La dignidad sacerdotal y levítica se transmitía por herencia y no podía ser adquirida por ningún otro camino; era, por tanto,

de la mayor importancia conservar la pureza de la descendencia, a lo-cual contribuía primero una cuidadosa anotación de las genealogías y, en segundo lugar, unas reglas severas para los casamientos. Si un sacerdote no podía probar su origen legítimo, perdía para sí y sus descendientes el derecho a la función e ingresos del sacerdocio; si realizaba un casamiento ilegítimo, los hijos de ese matrimonio ya no podían ocupar el cargo" (2).

Es claro que Jesús no pertenecía a la tribu de Leví. Las dos genealogías que aparecen en los evangelios (Mateo 1.1-16; Lucas 3.23-38), a pesar de sus diferencias, coinciden en considerarlo de la tribu de Judá. Pretensión que muchos otros escritos confirman y ninguno desmiente. A su vez hay indicios de que algunos poderosos echaban en cara a Jesús su origen ilegítimo (Juan 8.41); en todo caso hay acuerdo en que José, que aparece como padre de Jesús, no era sacerdote.

Es verdad que los relatos de la infancia de Lucas hacen aparecer a María como pariente de Isabel, que estaba casada con el sacerdote Zacarías; pero éste sería uno de los muchos detalles de los evangelios de la infancia que se apartan de la realidad histórica para comunicar una convicción teológica. "Esta relación no aparece sugerida en ninguna otra parte de los cuatro evangelios, y es muy difícil de reconciliar con Juan 1.33 donde el Bautista dice que ni siquiera conocía a Jesús" (3).

Podríamos concluir, por tanto, que cuando Dios decide hacerse presente de una manera totalmente singular e irrepetible en la historia, no elige manifestarse en un sacerdote sino en un seglar.

OPOSICION SACERDOTAL

Pero no es suficiente afirmar esto. Porque también se podría decir que Jesús es hombre, sin que por esto se pueda concluir que la mujer está más lejos de Dios o es más inadecuada que el hombre para revelar a Dios. Más bien tendríamos que afirmar que la actitud de Jesús ante la mujer fue más positiva; social y religiosamente, que la de sus contemporáneos (4).

Respecto al sacerdocio, sin embargo, ocurre algo distinto. Por una parte, los sacerdotes aparecen a lo largo del evangelio como enemigos de Jesús. Por otra parte, el mismo Jesús habla del sacerdocio y lo que le rodea con bastante distanciamiento y hasta rechazo.

Los 122 textos evangélicos que se refieren a los sumos sacerdotes coinciden en presentarlos "con un poder asesino, que no sólo se enfrenta directamente a Jesús y su comunidad de creyentes, sino que, sobre todo, ellos son por excelencia la fuerza que se opone al mensaje cristiano" (5). Se han constituido en guardianes exclusivos de la interpretación ortodoxa de la religión, y la han encerrado en canales tan estrechos que se han hecho incapaces de aceptar la novedad definitiva revelada en Jesús, un pobre que no pertenece a su escuela y ni siquiera les adula; más aún, pone en ridículo su autoridad al compararla con la de los mercenarios que "cuando ven venir al lobo, dejan las ovejas y echan a correr" (Juan 10.12). A sus escribas los acusa de "cerrar a los hombres el Reino de Dios; porque no entran, y a los que están entrando tampoco los dejan" (Mateo 23.13).

Los simples sacerdotes son menos mencionados. Aparecen en la penumbra. Pero tampoco faltan escenas donde se pone en cuestión su pretendida superioridad religiosa. Esto aparece más evidente en los relatos donde se compara la actitud del sacerdote con la del que no lo es. Podríamos recordar las dos anunciaciones narradas en el primer capítulo de Lucas: Zacarías, a pesar de estar celebrando el acto de culto más importante en la vida de un sacerdote, duda ante el mensaje del ángel; María, mujer seglar, acepta con fe lo prometido. También en la parábola del buen samaritano (Lucas 10.25-37) la actitud de un seglar, y por añadidura hereje, es antepuesta a la ritualmente correcta displicencia del sacerdote, que no se contamina con el herido para poder cumplir con sus obligaciones religiosas (Levítico 22.4-6). Ocasionalmente Jesús se alinea con la postura crítica de los profetas frente al culto (Mateo 9.13), y se rebela por la manera en que se negocia desde el templo.



“Los sacerdotes abusan de su vocación, que es realmente el culto para gloria de Dios. Y, en vez de eso, se dedican a sus negocios y a obtener ganancias” (6). “Históricamente fue quizá la purificación del templo lo que convirtió a Jesús en un héroe para el pueblo, largo tiempo frustrado e irritado con los dirigentes del templo (que dominaban las finanzas y la economía de Israel) y con los dominadores romanos” (7).

Se podrá discutir y matizar hasta qué punto todo esto implica un rechazo del sacerdocio por parte de Jesús o es sólo una reforma del mismo. Lo cierto es que a la iglesia primitiva le quedó mal gusto por la palabra y por lo que ella implicaba. “El Nuevo Testamento evita el vocabulario sacerdotal para designar los ministros de la nueva alianza. Este hecho constante indica una intención; la de sugerir que este ministerio es de una naturaleza completamente nueva... Por esta razón los diversos autores emplean una serie de términos tomados de la vida de las comunidades civiles o de las comunidades religiosas donde no se ejerce ningún sacerdocio” (8). Como ahí mismo se indica, el rechazo al vocablo perduró por más de dos siglos.

NO MAS MEDIADORES

Pero Jesús, al desdeñar la mediación sacerdotal, no rompió el acceso a Dios. Muy por el contrario, lo inmediata. En su propia vida proclama que Dios está cerca de todos. Enseña a quienes le rodean a encontrarlo en lo que

está sucediendo dentro de ellos y a su alrededor.

Una característica fundamental de los tiempos mesiánicos es la abolición de mediadores privilegiados. “Yo mismo apacentaré mis ovejas, dice el Señor” (Ezequiel 34.15). “Ya no tendrán que enseñarse unos a otros, porque todos, grandes y pequeños, me conocerán” (Jeremías 31.34). “Derramaré mi espíritu sobre todos” (Joel 3.1). Esto es lo que Jesús inaugura con su actividad y consume con su muerte: “Está sucediendo lo que dijo el profeta Joel... Exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado” (Hechos 2.16,33).

En la Antigua Alianza el sacerdote era indispensable como señor del templo, las festividades y la ley. Existían lugares, tiempos y acciones sagradas sobre las que sólo tenían poder las personas sagradas. Pero todo esto cambia radicalmente con Jesús.

Respecto a los lugares sagrados “se acerca la hora en que no darán culto al Padre ni en este monte (Garizim) ni en Jerusalén... Ha llegado la hora en que los que dan culto auténtico darán culto al Padre con espíritu y verdad” (Juan 4.22-23). Respecto a los tiempos sagrados “el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Marcos 2.28). Y respecto a la ley, “el que ama al otro tiene cumplida la ley” (Romanos 13.8).

“Dios ya no es aquél a quien se sirve por el culto, por la observancia del sábado... El recto servicio a Dios es servicio al hombre, al hombre en su necesidad” (9). Porque “si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor está realizado entre nosotros” (1 Juan 4.12).

La cercanía a Dios se mide por la conversión al Reino y no es privilegio de ningún estamento. Eso es lo que habría afirmado Jesús gráficamente con la ya mencionada parábola del buen samaritano.

SACERDOCIO DE CRISTO

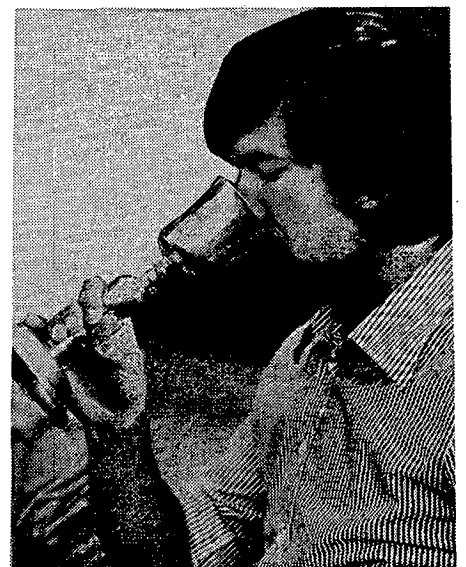
Sólo un libro del Nuevo Testamento habla del sacerdocio de Cristo. Aunque habla tanto que lo convierte en el tema central de su reflexión. Nos referimos a la carta a los Hebreos.

Lo que no siempre se ha comprendido es que esta carta confirma lo que los demás libros del Nuevo Testamento proclaman con su silencio. Desde su vivir de laico, y no a través del culto sino a través de la vida, Cristo ha instaurado

una nueva liturgia, y ha acabado para siempre con la forma religiosa antigua de relacionarse con Dios.

“Jesús descende de Judá, no es de familia sacerdotal: ‘si estuviera en la tierra ni siquiera sería sacerdote’ (Heb. 8.4)... Cristo fue hecho sacerdote ofreciendo el sacrificio de su propia vida. Su sacrificio consistió en la ofrenda de sí mismo (10.5-9)... Cristo es nuestro único sacerdote en el cielo y en la tierra... Los cristianos pueden ofrecer un sacrificio de alabanza con la palabra y los signos que perpetúan la actualidad de la redención... Los guías de la comunidad ¿pueden aspirar especialmente al título sacerdotal? La epístola nada dice sobre esto. El título ‘hiereus’ (sacerdote) no se da a los dirigentes y no puede dárseles sin riesgo de trastornar la coherencia interna del lenguaje de la epístola y de perturbar su teología... De modo que podemos preguntarnos hasta qué punto es posible reintegrar en la alianza nueva la antigua ideología sacerdotal” (10).

“La tesis fundamental de la Carta a los hebreos en este sentido es que el sacerdocio de Cristo no es ritual, sino existencial. Esto quiere decir sustancialmente tres cosas: 1) que la condición que Cristo tuvo que cumplir para llegar a ser sacerdote no se debe entender en la línea de la segregación y separación de lo profano (para entrar así en el ámbito de lo sacro) sino exactamente al revés: Cristo tuvo que acercarse a los demás, hacerse semejante a los que sufrían, igualarse a todos; 2) que el acceso de Cristo al sacerdocio no se realizó mediante unos determinados ritos o ceremonias sagradas, sino en virtud de sus propios sufrimientos y a través de su existencia destrozada; 3) que la realización de su sacerdocio no consistió en la



puesta en práctica de una serie de ritos sagrados, sino en su existencia entera entregada a los demás y, sobre todo, en su muerte por fidelidad a Dios y para el bien del hombre" (11).

Algo de esto intuye y asume el Sínodo de Obispos de 1971 en su Documento sobre el Sacerdocio Ministerial. "Jesucristo, ejerciendo el sumo y único sacerdocio mediante su propia oblación, superó, dándoles cumplimiento, todos los sacerdocios rituales y los sacrificios del Antiguo Testamento, incluso los de los gentiles. En su sacrificio asumió las miserias y sacrificios de los hombres de todos los tiempos, más aún, asumió también las aspiraciones de quienes padecen por la justicia o que se ven agobiados cada día por una infeliz suerte, y los esfuerzos de quienes, abandonando el mundo, tratan de llegar a Dios por la ascesis y la contemplación, y los trabajos de quienes gastan su vida con corazón sincero por una sociedad mejor presente y futura" (12).

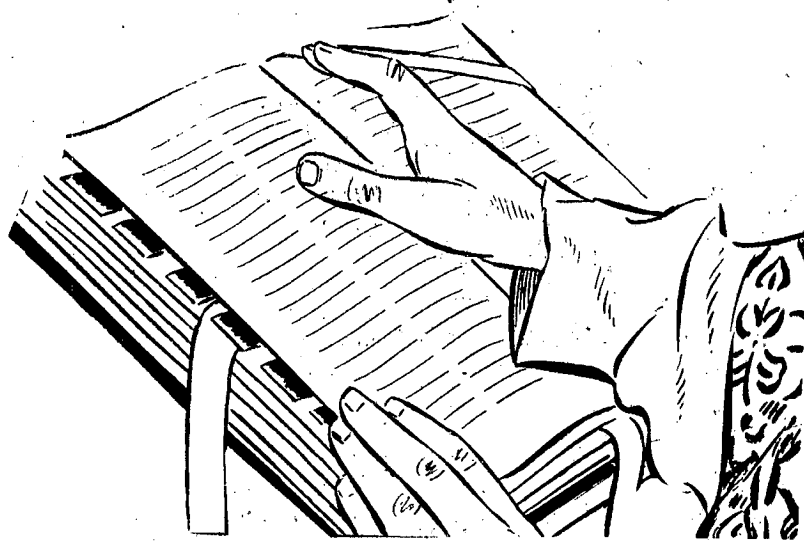
En esta dirección podríamos entender correctamente otra línea de pensamiento sacerdotal escondida en los escritos del Nuevo Testamento. Nos referimos a la Última Cena.

La reunión eucarística está ligada a la entrega de Jesús hasta la muerte y la reactualiza simbólicamente al repetir en comunidad un gesto por el que el mismo Jesús prefiguró su disposición a dejarse desmenuzar el cuerpo y a derramar su sangre. Esta repetición conlleva continuar lo que el gesto significa.

Por lo demás nunca en todo el Nuevo Testamento se llama sacerdotes a quienes presiden la fracción del pan. Sólo ocasionalmente se aplica el calificativo sacerdotal a todo el pueblo cristiano, aunque al explicitar en qué consiste su culto se echa mano siempre de un lenguaje secular sacado de las actividades de la vida diaria (13).

SACERDOCIO CRISTIANO

Son varios los autores que lamentan la reintroducción de la terminología sacerdotal en la historia de la Iglesia, por creer que con ello se retornó insensiblemente a modelos superados de ministerio. Así, por ejemplo, un profesor de la Universidad Javeriana de Bogotá afirmaba hace unos meses en una ponencia ante la Conferencia de Instituciones Católicas de Teología que incluso en el modelo eclesiológico de "Pueblo de Dios" el proceso de sacerdotalización conlleva una: "inspiración preferencial en las concepciones sacerdotales del Antiguo Testamento, sin atención por lo menos



suficiente a la revelación neotestamentaria; resurgimiento de categorías y realidades sacerdotales abrogadas en Cristo; intelección del sacerdocio de Cristo y de los ministerios de la Iglesia en línea de unión y de continuidad con el sacerdocio antiguo; traslación a los ministros y ministerios de la Iglesia, de los oficios y funciones que fueron propias de los sacerdotes del Antiguo Testamento... Ni un Concilio de las dimensiones del Vaticano II logró equilibrar, al menos, el tradicional esquema sacerdotal propio de un modelo eclesiológico veterotestamentario con los lineamientos inspiradores de un esquema ministerial que apenas tímidamente se insinúa en el concilio" (14).

Espero publicar en otra ocasión algunas páginas donde se desarrolle con más detenimiento las consecuencias que lo dicho hasta aquí tendría para el replanteamiento del ministerio y el orden dentro de la Iglesia. Por ahora me limito a apuntar tres conclusiones.

a) El centro de la existencia cristiana no está en el culto sino en la vida. El culto es imprescindible como cele-

bración simbólica de nuestro compromiso por el Reino que proclamó e inauguró Jesús. Pero sólo tiene sentido cuando refleja y alimenta este compromiso.

b) El sacerdocio no es un escalafón sino una función como cualquier otra; mejor dicho, eclesialmente menos importante que otras. La actual organización, en la que el presidente del culto se constituye en jefe absoluto de la comunidad, no refleja la práctica neotestamentaria ni apunta hacia la organización modélica de la comunidad cristiana ideal.

c) En la Iglesia existieron y deben seguir existiendo gran cantidad de ministerios. El acaparamiento de funciones por unos cuantos hace que éstas no puedan ser debidamente desempeñadas, y va en contra de la igualdad y fraternidad fundamental que debe existir entre los seguidores de Jesús.

Para terminar por donde comenzamos, podríamos decir que estas y otras tendencias, y las desviaciones que las acompañaron, provienen en último término de haber olvidado que durante toda su vida Jesucristo fue un seglar.

NOTAS:

1. DE VAUX, Roger: *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, 1964, p. 449.
2. JEREMIAS, Joachim: *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, 1977, p. 230.
3. BROWN, Raymond E.: *The birth of the Messiah*, G. Chapman, Londres, 1977, p. 285. En estos días se anuncia la traducción castellana en Edic. Cristiandad.
4. BOFF, Leonardo: *Eclesiogénesis*, Sal Terrae, Santander, 1980, pp. 111-114.
5. CASTILLO, José María: *Símbolos de libertad*, Sígueme, Salamanca, 1981, p. 70.
6. JEREMIAS, Joachim: *Teología del Nuevo Testamento*, Sígueme, 1977, p. 175.
7. SCHILLEBEECKX, Edward: *Jesús. La historia de un viviente*, Cristiandad, Madrid, 1981, p. 224.
8. SESBOUE, Bernard: "Ministerio y Sacerdocio". En AA.VV.: *El Ministerio y los ministerios según el Nuevo Testamento*, Cristiandad, 1975, p. 439.
9. BRAUN, Herbert: *Jesús, el hombre de Nazareth y su tiempo*, Sígueme, 1975, p. 161.
10. PERROT, Charles: *La epístola a los Hebreos*. En obra citada en la nota 8, pp. 123-125.
11. CASTILLO J.M. obra citada, p. 71.
12. n.l de la Primera Parte. Documento completo en MARADEI, Constantino: *El Sínodo de los Obispos*, Trípode, Caracas, 1977, pp. 175-192.
13. CASTILLO, José María: *La alternativa cristiana*, Sígueme, 1978, p. 241-242.
14. PARRA, Alberto: *Ministerios desde la Iglesia de América Latina*, Univ. Javeriana, Bogotá 1981, pp. 17-18.